

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 319.—15 de Junio de 1883.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES.

D. B. A. y ***.—Recibidos, y muy agradecidos como siempre, los 20 y 40 reales de sus respectivas limosnas mensuales,

MÁS SOBRE ANDAMIOS.

Sin tener la jactanciosa presuncion de creer que las reformas que se plantean, sobre lo que ha sido objeto de nuestras censuras, se deba al valor y eficacia de estas, no podemos ménos de experimentar una satisfaccion cuando observamos que van extendiéndose tales útiles reformas.

Ya hicimos notar (1) el nuevo sistema de andamio seguro, ensayado en la casa núm. 16 de la calle de Sevilla, cuando se levantó su cuarto piso, con cuya novedad se ponía á los albañiles á cubierto de mortales caidas. Parece que ese buen ejemplo no es perdido, pues lo vemos planteado igualmente en la casa núm. 60 de la calle de Fuencarral, que está reedificándose. Tambien allí, con los andamios de seguridad que se han puesto, los pobres operarios pueden trabajar sin riesgo, y de seguro trabajarán mejor, porque podrán fijar toda su atencion en la obra que hacen, sin tener que distraerse

(1) Véanse los números 293 y 316 de esta Revista.

para ver dónde ponen los piés ó evitar situaciones de peligrosísimo equilibrio.

El dueño de dicha casa es el señor Conde del Asalto; el arquitecto que dirige la obra se llama D. Estéban Latorre, según manifestaron los albañiles. Reciban, pues, aquellos señores nuestra pública denuncia de su generoso proceder ante el aplauso de todos.

¡Ojalá tengan muchos imitadores! Falta hace, porque entre tanto la crónica casi diaria de desgracias ocasionadas por los *andamios-trapecios* sigue ocupando los periódicos y afligiendo á los séres compasivos.

Ya dijimos en uno de los números antes citados que la materia merecía la intervencion de la autoridad municipal, ya que está visto no basta la iniciativa benéfica, que debia ser general en los particulares que emprenden obras, para que, así como al darles el permiso para hacerlas se les imponen condiciones en lo que afecta al ornato y á la vía pública, se les impusieran también sobre el andamiaje, que algo y mucho más que la belleza exterior y la comodidad de los transeuntes, vale la vida de los albañiles. Nunca mejor que ahora podria esperarse algo en este sentido, pues Madrid tiene en su dignísimo Alcalde, el señor Marqués de Urquijo, una de las personas que más ventajosamente se han distinguido durante su larga y útil existencia, en todo lo que se refiere al fomento de la caridad pública y al ejercicio de la privada.

ANTONIO GUEROLA.

PROYECTO DE NUEVO HOSPITAL EN MADRID.

(CONCLUSION.)

III.

Todos los actos de caridad que se ejercen en el grande hospital se pueden ejercer en la pequeña enfermería: todos los inconvenientes de esos vastos palacios de pobres desaparecen en las moradas de modestas proporciones. No hay más que una desventaja: el aumento de gastos.

En las enfermerías pequeñas la vigilancia médica, la asistencia de los sirvientes, el servicio higiénico, alimenticio y terapéutico, todo es más puntual y más esmerado. Es una familia organizada para el estado valetudinario. Ni la higiene se resiente, ni la administración se perturba, ni la caridad se arredra ante los esfuerzos gigantescos que exige el cuidado de quinientos enfermos reunidos. La enfermería modesta de cuarenta camas no tendrá la fama del grandioso hospital de la sangre de Sevilla; no se prestará á la visita y la admiración del forastero, pero tendrá para sus albergados un esmero especial, y allí la caridad podrá hacer una magnífica expansión de sus sentimientos de amor y de ternura hácia los pobres dolientes, que mirará como hijos suyos, cuidándolos como lo hace una madre de familia.

Contra esto se alegará tal vez el sistema moderno de construir un grande hospital, dividido en alas separadas, que cada una sea una enfermería pequeña destinada á una sola dolencia, con médico, practicante, enfermeros y asistencia exclusivamente dedicada á los veinte ó treinta enfermos que encierra la sala.

Algo de esto se ha ensayado en Inglaterra, y desde luego nuestros grandes hospitales modernos, tomando por modelo el célebre de Bordeaux, se construyen ya por ese sistema de pabellones ó salas separadas, unidas solo por un extremo al cuerpo general del edificio; pero, en primer lugar, los inconvenientes de la higiene subsisten en este sistema aunque estén atenuados; los de la distancia y de la grande y peligrosa administración interior del establecimiento son los mismos; y sobre todo, si la independencia material de los pabellones y la de su asistencia han de ser completas, resultaría un coste tan grande que haria desaparecer la ventaja de la economía, única que tiene el hospital grande sobre la enfermería pequeña.

Pero todavía en esa enfermería queda el inconveniente del aislamiento; todavía allí el enfermo se ve bruscamente separado de la vista de sus hijos, de sus padres, de todos los objetos de su cariño; y esta transición no puede menos de influir en su dolencia física por lo mucho que moralmente le duele.

Nunca es más apreciable la familia que cuando nos vemos enfermos; nada reemplaza al cuidado cariñoso de una madre, de una esposa ó de una hija. Y cuando la muerte se aproxima, cuando hay que despedirse de este mundo para pensar en el otro, despues del consuelo de la religion, no hay ninguno tan grande como el de la familia que rodea el lecho del moribundo. La muerte en desamparo es horrible. Por eso en el lenguaje sencillo del pueblo se designa como expresion del último grado del infortunio el *ir á morir al hospital*.

Contra estas ventajas de la asistencia doméstica y de la enfermería de pequeñas dimensiones se alega, como hemos dicho, una razon única: la economía. La razon es verdadera bajo un punto de vista general, porque es indudable que cuatrocientos enfermos cuestan menos de mantener y cuidar estando reunidos en un hospital, que no distribuidos en veinte enfermerías ó en cuatrocientas casas particulares.

Pero en esto hay tambien una parte de preocupacion. La diferencia de coste dista mucho de ser en realidad tan grande como se la supone. Contra aquel principio, que se funda en la economía política, hay la consideracion, que se apoya en la experiencia, de que el mantenimiento de gran número de pobres reunidos se presta más fácilmente al abuso de un contratista despiadado y de un empleado inmoral, ó al menos al desórden, y el desórden es siempre caro.

Por otra parte, los socorros domiciliarios parecen más costosos de lo que son porque no se tienen en cuenta tres observaciones.

La primera es, que la estancia del enfermo en el hospital se limita generalmente solo al estado crítico de hallarse en cama ó no poder andar. Apenas se levanta, débil y convaleciente aún, se le despide porque su cama hace falta para otros; y entonces el pobre vuelve á su casa sin fuerzas para trabajar y necesitando todavía el socorro de la caridad para mantenerse y para ir volviendo á su estado normal. Lo que no paga, pues, en este período el fondo del hospital, lo paga el de la limosna individual. En la hospitalidad domiciliaria no sucede así. El que visita á un pobre enfermo no puede menos de tomarle cierto cariño, porque es uno de los efectos natura-

les de este protectorado; y como ve diariamente los progresos lentos de la curacion y de la mejoría, no es fácil le abandone convaleciente, sino repuesto ya en fuerzas y en aptitud para el trabajo.

La segunda observacion es que en el hospital entra el enfermo con solo su ropa puesta, y el establecimiento le ha de suministrar todo lo demás. En la casa del pobre hay generalmente cama buena ó mala, algunas ropas de abrigo y asistencia gratuita de la familia. No se necesita, pues, suministrar todo esto nuevo, sino mejorar y completar lo existente, y el gasto principal se reduce á médico, medicinas, alimento y algun objeto de menaje.

Finalmente, la tercera observacion consiste en que los socorros de la hospitalidad domiciliaria envuelven tambien otra parte de la beneficencia, que socorre á la necesitada familia del enfermo. En efecto: el visitador que entra en la casa del pobre, aunque su mision principal sea el enfermo, no puede desatender las miserias del resto de la familia: si vé desnudez proporcionará ropas; si hambrientos, dará pan. Para sacar, pues, la cifra verdadera de lo que cuesta la hospitalidad domiciliaria seria preciso deslindar lo que se invierte en el enfermo y en los individuos sanos de su familia.

Pero aunque teniendo en cuenta estas observaciones, que reducen en mucho la economía de los grandes hospitales, resulte verdadero el mayor gasto de los pequeños y de la hospitalidad domiciliaria, esta consideracion, que no carece de importancia, no debe, ni con mucho, tenerla decisiva.

El grande hospital es más barato, pero no es mejor. Si entre la caridad y la economía hay antagonismo, la caridad, cuando sea débil, cederá por necesidad; no por conviccion, porque no pierde la suya. Si tiene que aceptar el hospital porque no puede costear la asistencia diseminada, aspirará á conseguirla en el grado posible, y al menos proclamará que eso es lo mejor, con la esperanza de que penetre esta verdad en todos los que pueden contribuir á realizarla algun dia.

Téngase presente además que el principio utilitario, que domina en muchas cosas, no debe dominar de un modo absoluto en materias de caridad. En la industria, en el comer-

cio, en los infinitos detalles de la vida social aspiramos á lo más barato: la economía es la razon suprema: donde se produce á menos costa se ha conseguido la excelencia de la especulacion. Pero en la caridad no es ni debe ser así. No se trata de trasformaciones de la materia, sino del bienestar de nuestros semejantes. El objeto es ese bienestar lo más perfecto posible, no lo más económico. Más barato es un pan averiado para la sopa y una colcha de percal para la cama; y sin embargo, seria inhumano dar al pobre, solo por esta economía, un alimento repugnante y una ropa que no le abrigue contra el frio.

IV.

Planteada, pues, así la cuestion, ¿deberemos proscribir los hospitales y trasladar la accion hospitalaria á las enfermerías pequeñas y al hogar doméstico?

En teoría sí; en aspiracion siempre; en la práctica no es posible por ahora de una manera radical, ni nunca de un modo absoluto.

Tan absurdo seria cerrar de repente los hospitales, como reducir á ellos despóticamente toda asistencia á pobres enfermos. Y de nosotros, menos que de nadie, puede esperarse que aboguemos por lo primero, cuando vemos con gusto levantarse en una de las principales ciudades de España, objeto de nuestro especial cariño, un magnífico hospital, á cuya fundacion contribuimos en su dia eficazmente.

Los hospitales no pueden desaparecer por completo. Esos cien mil enfermos que albergan han de tener preparada otra hospitalidad. Afortunadamente para la del hogar doméstico y la de pequeñas enfermerías, tenemos dos instituciones que pueden servir respectivamente de bases: faltaría solo desarrollarlas en mayor escala. Tales son la beneficencia domiciliaria y las casas de socorro.

La beneficencia domiciliaria, que es la mejor manera de socorrer á los pobres, tiene ya planteado su servicio en muchas poblaciones. Por medio de las juntas municipales y parroquiales, por las asociaciones particulares y por personas aisladas, que espontáneamente se dedican á este laudable

ejercicio, se ha resuelto ya el problema de las ventajas que tiene el sistema de buscar al pobre en su casa en vez de esperar á que él venga á llamar á las nuestras ó á los establecimientos públicos. De este modo en la casa del pobre se conoce mejor la necesidad de las familias desvalidas, sin que esa necesidad se desfigure en la calle por exageraciones artificiosas, ó, al contrario, se oculte por un exceso de rubor tan natural en la pobreza vergonzante.

Aplicando, pues, este sistema de los pobres válidos á los enfermos, se daría un gran paso en la perfeccion del ejercicio de la caridad. Enfermo un padre de familia, la caridad, en vez de separarlo de sus hijos, le llevaría á su propia casa todos los socorros materiales y curativos que su situacion exigiere, y se aumentaría más ese vínculo que la beneficencia domiciliaria establece entre el rico que visita al pobre y le compadece, y el pobre que recibe con la visita del rico un manantial de consuelos y un testimonio de benevolencia, á la cual no puede ser insensible.

Pero esto no podría ser en absoluto. Siempre hay casos en que la asistencia domiciliaria del enfermo sería imposible ó inútil. Tales son los de pobres forasteros ó sin familia ni parientes que los cuiden, y los que viven hacinados en casas pequeñas sin ventilacion ni elemento alguno de salubridad. En tales casos el socorro no puede hacerse á domicilio; pero en vez de llevar el enfermo al grande hospital, tal vez muy distante, se le conduciría á las enfermerías, que pudieran establecerse una para cada pueblo ó para cada distrito de las ciudades populosas.

Imposible parecía el establecimiento de las casas de socorro, y sin embargo van planteándose ya. Del mismo modo podrian irse fundando enfermerías ó pequeños hospitales, no sobre la base material de las casas de socorro, sino á su ejemplo, porque estas han de estar en la parte más céntrica de los pueblos, y los hospitales en las afueras ó en el punto extremo y más ventilado.

A esas enfermerías concurriría también la accion benéfica y productiva de las personas caritativas, que hoy se arredran de entrar en esas aglomeraciones de quinientos enfermos;

pero que no sucedería lo mismo cuando solo fuesen á ver treinta ó cuarenta, á quienes podrian conocer individualmente y tomarles una aficion, que seria útil para ellos y para el establecimiento. La cuestacion por cepillo secreto en los grandes hospitales suele ser corta porque el que hace esta limosna no sabe á quién le aprovecha; en la enfermería ya se marcaría más el destino, porque tenia que aplicarse á menos enfermos, y entonces el que mirase con ojos de cariñosa compasion á uno de ellos se veria más inclinado á hacer un donativo al establecimiento en que se hallaba albergado.

Este sistema mixto de hospitalidad exigiria, sin embargo, una reforma de la ley vigente de beneficencia de 20 de Junio de 1849. Hecha esa ley bajo un criterio centralizador, seria preciso darla más ensanche, variando su espíritu y sus disposiciones, no solo para la trasformacion de los grandes hospitales en pequeñas enfermerías, sino para seguir un sistema análogo en otros ramos de la beneficencia, cuya base debia ser principalmente la accion del municipio auxiliada por la caridad privada y sin perjuicio de la vigilancia del gobierno, de la cual tampoco debe prescindirse.

Tambien la reforma indicada exigiria un aumento de recursos y habria que elevar el presupuesto de la caridad. Si esto seria una carga para el país, tambien lo son los buques blindados, los ferro-carriles, y ese terrible perfeccionamiento que progresivamente se va dando á las armas de fuego para que sean más mortíferas. Tambien el presupuesto de familia lo aumentamos diariamente con las exigencias de la moda y con el sibaritismo del lujo.

V.

Reasumamos:

Los grandes hospitales son una gloriosa página en la historia de la beneficencia.

Fueron en su tiempo una grandiosa manifestacion de la caridad cristiana.

Hoy son ya establecimientos insostenibles á los ojos de la higiene, de la terapéutica, de la Administracion y de la caridad bien entendida.

Los grandes hospitales debian reemplazarse por pequeños ó por enfermerías de modestas dimensiones, situadas una en cada pueblo y otra en cada distrito de las grandes ciudades; pero destinada solo á los pobres forasteros y á los que, viviendo en casas mal sanas ó destituidos de todo auxilio de familia, no se prestasen fácilmente á la accion de la hospitalidad domiciliaria.

Los demás enfermos pobres debian ser atendidos en sus casas. Para ello seria preciso reformar la ley de beneficencia.

Todo esto es más caro, aunque no tanto como vulgaramente se cree; pero no por eso debe arredrarse la caridad para ir difundiendo la idea y acometiendo poco á poco la ejecucion. La caridad no busca para los pobres lo más barato en sentido absoluto, sino lo mejor en la esfera de lo posible.

Otras muchas innovaciones presenciamos todos los dias que aumentan los presupuestos de gastos y no tienen un objeto tan útil y tan atractivo como el de socorrer á los pobres enfermos.

La civilizacion, bajo cualquier aspecto que se la considere, es siempre más cara que la barbarie.

ANTONIO GUEROLA.

PREMIOS Á LA VIRTUD.

(Conclusion.)

Al primero de los grupos que marca el edicto ó convocatoria publicada al efecto en 1.º de Julio del presente año, corresponden tres nombres merecedores de recompensa; y entre ellos ocupa el primer puesto el de una hija de esta ciudad, Carmen Fonfria, de 65 años, y que habita en la calle de Porvenir, núm. 26. Desde 1834, en que perdió su padre, fué el único apoyo de sus cinco hermanos durante largo período; más tarde, de tres sobrinos que quedaron en completa orfandad, y siempre de su desventurada madre, ciega por espacio de 28 años, y que acaba de fallecer á la edad de 95. En estrecha pobreza, y sin otros recursos que su honrado trabajo, esta

hija cariñosa se ha impuesto tantos sacrificios en su angustiosa vida, y ha apurado tantas amarguras, que bien merece le ofrezcan ya en su ancianidad algunos tranquilos días los 2.000 reales que va á recibir como premio de sus loables acciones.

* * *

El segundo lugar de este grupo pertenece á un jóven, en quien la abnegacion parece haber echado ya viejísimas raíces. Llámase José Palomino Gareta, de 21 años de edad, y apenas tenía ocho cuando se dedicó al trabajo para proporcionar á sus enfermos y desvalidos padres un pedazo de pan. Hoy comparte con ellos y con sus siete pequeños hermanos su jornal de 10 reales; es decir, comparte con ellos el hambre, porque para que coman los suyos vése muchos días obligado á completo ayuno. La falta de alimento ha quebrantado varias veces su salud, pero jamás su ánimo, que lleno de cristiana resignacion soporta tantas penalidades sin proferir una queja. Todos los informes concuerdan en el elogio de este jóven ejemplar, y la Junta unánimemente lo propone para un accésit de 1.000 reales vellon.

* * *

Aparece en tercer lugar Sebastiana del Valle, domiciliada en la calle de San Juan, núm. 9. Esta pobre mujer, hoy enferma de la vista, no sólo ha mantenido y cuida aún con solícito esmero á su septuagenario padre, sino tambien á dos sobrinos suyos de corta edad, á quienes recogió en 1874. Por estos piadosos hechos y por los favorables antecedentes que respecto á tan buena y desgraciada mujer ha obtenido la Junta, no vacila en designarla para un segundo accésit de 1.000 reales.

* * *

En este punto debe tambien hacerse honorífica mencion de una excelente hija que mantiene á su impedida madre: tal es María Jimenez y Mancera, que vive en la plaza de San Lucas, núm. 3. Su nombre quedará aquí consignado como justo tributo á sus virtudes, ya que, tanto por estar agotada la con-

signacion del grupo, como por otras equitativas consideraciones, no proceda otorgarle recompensa pecuniaria.

* * *

En la segunda seccion, ó sea la de las adopciones, descue-lla Francisca Ojeda y Molina, calle de San Mateo, núm. 1.

Menester es hacer un ligero extracto de la informacion recibida acerca de esta mujer de evangélica fortaleza. Siempre estuvo su vida colmada de afanes; pero en 1869 fué cuando hubieron de comenzar para ella dias de terrible prueba. La muerte de su esposo, entonces ocurrida, la deja en el mayor desamparo, juntamente con sus dos hijas (menores de cinco años), y encontrándose en cinta de otra niña, que nació pocos meses despues. Por aquel tiempo acontece el fallecimiento del marido de su hermana, María Ojeda, que tenía tambien dos hijas, é igualmente se hallaba en vísperas de dar á luz la tercera. Francisca, sobreponiéndose á tanta desdicha, atiende á todos con maravilloso esfuerzo, y con todos forma una sola familia que libra en el mezquino producto de su trabajo personal sus únicos medios de subsistencia. Aún no trascurrido un año, nuevo y cruel dolor la atormenta; muere su querida hermana, dejando huérfanas sus tres niñas, y una de ellas todavía en la lactancia. Francisca Ojeda, con un corazon más grande que su infortunio, decide ser tan cariñosa madre de sus sobrinás como lo es de sus propias hijas; y en esta noble empresa no hay sacrificio que le parezca excesivo: unas veces vende sus humildes muebles, otras implora los caritativos sentimientos de distinguidas personas, y constantemente esquilma sus fuerzas para proveer al sustento de las seis pequeñas criaturas. Al presente estas niñas son ya casi mujeres, y continúan viviendo juntas en honrada pobreza, bajo el amparo, jamás interrumpido, de la heróica Francisca. Las tres huérfanas son de tan débil salud, que no pueden dedicarse al trabajo; Francisca lo hace por ellas, y continúa su bendita obra..... ¡Dios la proteja!

La Junta la propone para el premio de 3.000 reales.

* * *

Otro nombre digno de encomio se nos presenta en este

grupo: el de María de Consolacion Fernandez y Jimenez,— (calle del Guadalete, número 11.) Vivía aún su esposo, de oficio tonelero, cuando al ver desamparada á la niña de María de Jesús Blanco, que á la sazón no contaba cinco años, la recoge y adopta con maternal ternura. Poco despues queda viuda y en la más precaria situacion; y aunque minada su salud por tan honda pena, Dios le dá fuerzas para trabajar, y proseguir así atendiendo al sustento y educacion de su hija adoptiva, que cuenta ya veinte años, pero que en nada puede ayudarle por su enfermiza y delicada complexion.

Tan virtuoso hecho le conquista un accesit de 1.000 reales.

* * *

El segundo corresponde, segun el dictámen de la Junta, á Rafael Neupave Raspal, que en union de su consorte Francisco Oliva, viven en la Corredera, número 26. A pesar de los exíguos medios con que cuenta este pobre jornalero para mantener á su mujer y sus dos hijas, y á su anciano suegro, hizose cargo de una sobrinita suya huérfana de padre á los dos años, y abandonada por su propia madre, cuya conducta, por otra parte, la exponía á gravísimos riesgos. Hace seis años que el buen matrimonio echó voluntariamente sobre sí esta piadosa obligacion, y el cariño con que la cumple le asegura en la indicada recompensa de 1.000 reales vellon.

* * *

En este grupo de las adopciones haremos especial mencion, que es cuanto la Junta puede otorgarles, de Antonio Gomez de la Rosa.—(Cañameros, número 9),—que acoje á un niño abandonado por sus desnaturalizados padres; y de Ana Jarquin Lagares,—(Gaspar Fernandez, número 10),—respetable anciana que en la viudez y entré grandes miserias ha criado á sus tres hijos y tres nietos.

* * *

En el tercero de los grupos ó secciones, que se refiere á los sirvientes de casas particulares, tenemos un alto ejemplo de lealtad y de acendrado cariño hácia sus amos, en Rosa Alvarez Juarez, natural de esta ciudad, y domiciliada en la calle de San José, número 4.

Durante muchos años ha sido, y lo es aún, la fidelísima criada de una familia bastante conocida de esta población, que un tiempo gozó de cierto bienestar, y que hoy sufre los rigores de la pobreza. En la época próspera para sus amos nunca ganó mayor salario que cuarenta reales mensuales, mostrando siempre su desinterés y su esmerado celo; pero esta conducta no constituye, por fortuna, un caso excepcional en nuestro pueblo, como lo demuestran las numerosas notas en esta sección clasificadas. Cuando Rosa Alvarez ostentó las raras prendas de su alma, fué después, al llegar para su antigua señora el tiempo de la adversidad. Entonces, no solo renuncia gustosa á toda remuneración, sino que consume al par en los apuros de la casa en que sirve los mezquinos ahorros de toda la vida; y cuando estos desaparecen, y cuando la falta ya todo recurso, busca trabajo en otra parte, se dedica durante el día al duro oficio de lavandera, y por la noche acude anhelante á partir con su antigua ama su jornal y sus alimentos, á ayudarla en sus quehaceres ó á cuidarla y consolarla en sus enfermedades, robando las horas al necesario descanso.

Admira á cuantos conocen estos hechos eminentes tanta y tan constante abnegación; y de todos los lábios ha escuchado esta Junta las más calurosas alabanzas de esta beneficentísima mujer, á la que, por tanto, no duda en adjudicar el premio de 3.000 reales que á este grupo corresponde.

* * *

Otros dos casos se registran en el mismo, que presenta bastante analogía con el anterior:

1.º Josefa Lopez Aparicio, de 64 años, y avecindada en la calle del Sol, número 60, viene estando desde 1853 al servicio de una misma familia; que al pasar por mil vicisitudes y por amarguísimos trances, encontró siempre en su generosa y sufrida servidora firme adhesión y pródigos auxilios. Há tiempo realiza con su antigua ama, postrada por gravísimas dolencias, la más penosa obra de misericordia: y por sus singulares merecimientos encuentra esta Junta sobradamente justificado se le conceda un accesit de 1.000 reales vellón.

2.º Angeles Rocha y Torres, que vive en la calle de Guar-

nidos, número 2, y que como la anterior tiene también 64 años de edad, sirve hace muchos años á una señora á quien contrarios sucesos dejaron en suma infelicidad desde 1870. Angeles la asiste gratuitamente, y ayuda al sostenimiento de aquella, por quien mayor afecto é interés ha sentido, cuanto más grandes fueran sus calamidades, y menos las esperanzas de remuneracion. Los informes debidamente evacuados, corroboran el mérito de estos hechos, y la Junta calificadora le otorga, pues, el último accesit de 1.000 reales vellon.

* * *

Como indicamos antes, las instancias correspondientes á esta tercera seccion han sido las más numerosas, escojitándose para premiarlas las acciones más notables y más ajustadas al objeto de estos concursos; pero no deben quedar sin señalada mencion Clara Atienza y Piñero, que vive en la calle del Sol, número 16; Francisco Francos, calle de Santa Cecilia, número 9; Francisca Parrado y Lean, calle de Santa Clara, número 16; Rosalía Gomez y Ruiz, plaza de Mirabal, número 8; Josefa Rios y Tenorio, é Isabel Barea y Lopez, sirvientas todas de honrosísima historia y de intachable conducta: é igualmente los probos y antiguos criados Cosme Aguilar y Costenda, Manuel Padilla y Sanchez y Antonio Doldan y Her-
mida.

* * *

Tan satisfactorio como es á la Junta citar tantos humildes nombres que la virtud enaltece, tan ingrata impresion le causa el ver desierto completamente el cuarto premio, ofrecido al trabajador del campo que por su laboriosidad, por su irreprehensible proceder y sus especiales servicios resultase digno de tal retribucion. En un término tan dilatado como el de esta ciudad, y donde tan numerosa es la clase que se dedica á las faenas agrícolas, no faltan seguramente quienes reúnan los marcados requisitos; y por ello es mayor nuestra estrañeza, pues cualquiera que sea la explicacion que del hecho pueda darse, siempre resulta algo por extremo doloroso, que no queremos ni es esta la ocasion de analizar.

* * *

Hemos llegado al término de la presente jornada, triste y fatigosa como emprendida por los ásperos senderos de la miseria y del dolor; mas por otra parte llena de un inefable atractivo, porque durante ella hemos respirado el puro ambiente donde exhalaba su suavísimo aroma esa bendecida flor de la virtud que crece fragante y vigorosa entre malezas y abrojos, y en la que refleja sus colores más bellos la luz divina del amor.

Como es deleitoso á la vista percibir entre negras escorias el brillo de preciados metales, así,—en medio de las pasiones y de los instintos egoistas que hoy prevalecen como vicio capital de nuestra época, cerrando el corazón y la mente á altos ideales y generosos sentimientos,—es también dulce y consolador contemplar los hermosos destellos de la caridad cristiana, en esos privilegiados espíritus donde alientan, á despecho de las insidiosas sugerencias del mal, la fé del mártir y las esperanzas del justo.

Cuando el afán de los bienes materiales parece ser el resorte más potente de la voluntad dominada por todo linaje de concupiscencias; cuando tanto se piensa en el mañana, pero sin pensar en la muerte, que en ese mañana se esconde, y sin levantar el pensamiento más allá de esta efímera é insegura existencia, tan ciega por la soberbia, y tan castigada por el error que pretende remediar con utópicos derechos lo que solo lograría aliviar el imperio de los deberes morales; cuando la envidia y la ambición van sembrando por doquiera ódios mortíferos, y el desenfreno de las costumbres relaja hasta los santos lazos de la familia; nada en más alto grado conmovedor y de fecunda enseñanza, que el espectáculo de estos sencillos y humildes seres en cuyo pecho brotan espontáneamente el desinterés, la abnegación, el sacrificio en aras de los más nobles afectos.

En ese espíritu se pueden engendrar únicamente todos los grandes hechos y todas las grandes resignaciones. Favorecerlo, estimularlo, difundirlo, equivale á llenar de paz y de concordia ese inmenso vacío que se vá haciendo en el seno de las sociedades; y á esta obra regeneradora son capaces de coadyuvar actos como el presente, que para gloria de V. E. y honra

de nuestro pueblo, anhelamos ver frecuentemente repetidos.

Jeréz 9 de Octubre de 1882.—*José de Bertemati*.—*Manuel Bertemati*.—*José Esteve*.—*Agustín Piñero y Ramos*.—*Salvador Milans*.—El Secretario de la Junta, *Gumersindo Fernandez de la Rosa*.

VARIEDADES.

La Sociedad de temperancia de Liverpool, ha publicado una triste estadística: la del alcoholismo en los países civilizados. En Inglaterra, el aguardiente mata anualmente 50.000 personas, término medio: de ellas 11.000 son mujeres. En Alemania, hay cada año 40.000 víctimas. En Rusia, 10.000. En Bélgica, 4.000. En Francia, 1.500.

En cuanto á los Estados-Unidos, el Dr. Everst, ha calculado, que en el espacio de 8 años, mueren, por consecuencia de la embriaguez, 300.000 personas.

* * *

Se ha constituido en Zacatecas (Méjico) el día 1.º del corriente año la *Sociedad Médico-Mutualista Zacatecana*, primera sucursal de la de Jalisco, cuyo objeto es procurar la instrucción, la moralidad y los auxilios recíprocos entre sus miembros. Figuran como presidente de esta Sociedad el Sr. D. Luis G. Gonzalez, y como primer secretario el Sr. D. Eufemio J. Gutierrez. La deseamos próspera vida.

Á LA CONDESA DE.....

PIDIÉNDOLE AMPARO PARA UN POBRE.

Pues la prosa no se usa
para hablar al corazón,
va en verso la petición,
que al fin es *dama* la musa.

Mi sentimiento no escondo;
hacer bien es deber santo.
¡La Caridad! ¡Quién el llanto
recoge en vaso sin fondo?

TEODORO GUERRERO.